

## Agonía de Bécquer

Un viaje al país de Bécquer —lo iniciábamos ya en el “Libro de Esther”—. Porque el arte de todos los tiempos sufre estas alternativas. Después de David surge Delacroix. La razón, abandonada a sí misma, poda implacablemente, desnuda con frialdad. De pronto, el arte queda aterido en medio del desierto, buscando un poco de lumbre, a la sombra de algún árbol esquemático. Entonces se despide a los Catones, se despide al mismo Voltaire; el arte pasa a manos más cálidas. A las de Schiller, a las de Benjamín Constant, a las de Bécquer.

Ahora el arte ha sufrido una larga purificación. La pintura, la poesía, la música, exigían revisiones implacables. Pero el que obstinadamente revisa, fatalmente no crea; el que juzga no suele saber pecar. Y al arte, periódicamente, le hace falta un periodo de aturdimiento, de impureza, si quereis. No nos fiemos mucho de la crítica anatómica; disecca, pero no cura ni fertiliza. No es ésta la ideal temperatura en que se incubó siempre la genialidad.

—Volverá Bécquer— me decía una tarde Menéndez Pidal.

¿Por qué no recibirlo como merece? ¿Por qué no anticiparnos a su viaje, yéndole a hacer una visita? Una visita a Niobe. Porque en la obra de Gustavo Adolfo Bécquer se realiza este milagro: Que la desesperación y la gracia se den las manos para producir una suma armoniosa. El dolor en su fase más viva roza el confín de la serenidad. La obra de Bécquer me recuerda siempre a Niobe. No hay espanto, no hay cólera en ambos. Hay —sencillamente— dolor, dolor inmenso, dolor profundo. Ni imprecaciones ni gritos: sólo algún mudo sollozo. La actitud de Bécquer —como la actitud de Niobe— es la superhumana actitud de la gracia femenina puesta en tortura. De la bestia impotente, acorralada, que espera



el dardo inexorable, nada queda. Queda un espíritu en espiral sobre sí mismo, asistiendo a su propio temblor ante las flechas.

San Sebastián mira al cielo: de allí lo espera todo. Niobe nada espera: su dolor es más sublime. Como el de Bécquer. La humanidad, en ellos, ha renunciado a sus instintos de defensa, a sus brutales acometidas; la primitiva humanidad se ha borrado de ellos, y no pudiendo, no queriendo pasar a dudosos estados divinos, quedan flotando en esa capa de aire filtrado, purificado, donde respira el superhombre.

De cualquier modo, el dolor hace rebasar los niveles. Hacia arriba o hacia abajo. Gorki, Dostoyewski, Tolstoi, producen el superhombre —un retroceso a la bestialidad—. Bécquer, el genio griego — ¡qué raro poder juntarlos— producen tipos superhumanizados, avances hacia un estado superior de armonía entre la inteligencia y la turbonada vegetal, es decir, hacia la sensibilidad. El encanto de Bécquer está aquí, como lo está el encanto de Niobe: en que ninguno de los dos quiso contentarse con la simple humanidad. Hagamos la prueba: los dos nos conmueven, no por lo que revelan de humanidad en tortura, sino por lo que expresan de humanidad frenada y superada. El esfuerzo de ambos por hacer encantadora su tristeza hay que buscarlo fuera del hombre y la mujer, fuera del novio desdeñado y de la madre, y lo hallaremos, claro es, en el artista.

Nadie como Bécquer supo, en su siglo y en España, embozarse tan bien en la negra capa romántica; nadie como él supo hacer de esa capa un pepló estatuario. El romanticismo becqueriano se nutre más de substancias antiguas medievales que de inquietudes y de temas del siglo XIX. Por eso se salva de éste. ¿Cómo no recordar a Bécquer frente al sepulcro del Doncel que reposa en Sigüenza? Este perfil de tan serena armonía —como el de Niobe— es el mismo del poema que termina: “¡Dios mío, qué solos— se quedan los muertos!”

Bécquer es nuestro último trovador. Mundo lírico de Bécquer: unos ojos verdes, fugitivos; unas vagas, resbaladizas sombras de mujer; unas piedras embalsamadas, momias del pasado: Edad Media, menos su enormidad. Su realización: unos versos firmes, una prosa consistente, aunque flexible, con apariencia de fragilidad, con lastre de cultura sedimentada. Una nebulosa expresada con grácil exactitud. Bécquer expresó la trivial incoherencia

de la pasión erótica con la claridad excepcional del buen arte. Ese estado sonambúlico del enamoramiento lo clarificó y dosificó, sirviéndolo en poemas muy ceñidos. No es posible encontrar en una nube más bellos contornos.

**BENJAMIN JARNES**